

Carpe diem

Minerva Méndez Martínez

*In memoriam Ana Paola de los Santos Velázquez
y de las otras almas que partieron ese día.*

Hoy ya puedo contar mis vivencias del 19 de septiembre del año 2017. Actualmente tengo diecisiete años y curso el segundo año en la preparatoria General Lázaro Cárdenas del Río de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

Las instalaciones que ocupa la prepa corresponden a una construcción colonial que albergó a una orden religiosa de clausura, llamada así porque las religiosas no tenían contacto con la gente, y cuando llegaba alguna visita, que generalmente era algún familiar, se cubrían el rostro con un velo de encaje y así platicaban. La fachada tiene acabados en talavera y su portón es de madera pintada de color café. Hay que avanzar dos metros, aproximadamente, para llegar a una reja metálica donde el personal de seguridad se encuentra diariamente. Al pasar por ella estamos en el primer patio de la planta baja y, al fondo, mi salón de clases. Al costado derecho se encuentra la Dirección y, más adelante, una de las escaleras que lleva al primero y al segundo nivel, donde hay seis salones y cubículos para los maestros. En el lado izquierdo de la planta baja hay un salón, una estancia vacía y la escalera que solo conduce al primer nivel. Ahí hay tres cubículos, el sanitario para profesores y profesoras, y la oficina de Contabilidad. El primero y segundo niveles quedan comunicados por un pasillo, rematado por un barandal de hierro forjado que, a su vez, funge como marquesina, donde cualquier compañero se puede recargar para relajarse durante el tiempo libre. Desde ahí escuchábamos el murmullo de la plática simultánea de los compañeros y ellos nos podían ver desde arriba, según donde estuviéramos.

La construcción tiene un segundo patio y más salones; sin embargo, me detengo aquí... Como todos los días, me levanté a las cinco de la mañana, me bañé, me arreglé y desayuné. También como

todos los días, me acompañó mi papá a la parada para abordar el microbús que me dejaba a unas cuadras de mi escuela.

Ese martes estaba muy feliz porque estrené mis tenis y había ido a la escuela con mucho entusiasmo, ya que el miércoles 20 haríamos un viaje de estudios a Teotihuacán. Comúnmente nuestra hora de salida es a la una y media de la tarde, pero ese día salimos a la una porque el profesor de historia, responsable del viaje, debía organizar nuestros documentos y hacer trámites administrativos para el otro día.

Salí del salón con mi compañera Sofía, ella es muy menuda en peso y talla, pero es tremenda. Platicamos con algunos compañeros sobre nuestras expectativas para el día siguiente. Después nos dirigimos al primer patio, donde encontramos a mi compañera Yuicelik, muy semejante a Sofía en su constitución física, y muy sensible y amable. Nos pidió que la acompañáramos un rato, ya que su hermana menor, que está en primer año, saldría hasta la una y media. Sofía y yo aceptamos, pues era temprano y no quisimos dejarla sola.

Había varios compañeros dispersos en el patio. Nosotras estábamos en el centro, el director a un costado, y a su lado mis compañeras Shakti y Ana Paola, sentadas en una banca. Mientras platicábamos, saqué mi teléfono para verificar la hora. Nunca la voy a olvidar: 1:14 p.m. Guardé mi celular e inmediatamente sentí un “mareo” y pensé que me estaba dando insolación, ya que habíamos estado bajo la luz del sol. Mire hacia arriba y bajé la mirada, mis dos compañeras me tomaron fuertemente de las manos. Oí al director gritar: “Todos al centro, chicos todos al centro”. Empecé a sentir miedo e inseguridad, mis manos sudaban y mi sonrisa se fue de mi rostro. Había más compañeros de distintos grados y grupos en ese mismo patio.

Ahí me di cuenta de que eso no era un mareo. Jamás había sentido tan claramente la incertidumbre, la confusión, la angustia, todas al mismo tiempo... y la muerte tan cercana. Sabía que

no estaba sola, mas no recuerdo estar tomada de la mano de mis compañeras, pero sí mis pensamientos: primero fue aceptar que era un temblor, traté de tranquilizarme, pensé en mi familia, en mi hermanita menor y en mi papá. Por la hora, sabía que estaban juntos y, hasta cierto punto, eso me tranquilizó. Después pensé en mi hermano de doce años, quien está en primero de secundaria, pero apenas hace unos meses estaba en la primaria y mis papás lo llevaban y recogían junto con mi hermanita; todavía no me hacía a la idea de que llegara solo a su escuela. Era su horario de entrada y estaba solo, tenía miedo de perderlo y no volver a verlo. Entonces fue cuando sentí una gran desolación. Luego pensé en mi mamá, al final, porque en el fondo sabía que ella estaba bien porque conozco su área de trabajo. Después pensé en mí: ¿podré sobrevivir? ¿Saldré consciente de este lugar? ¿Me volveré a reunir con mi familia? ¿Me va a doler? ¿Qué me pasará?... Recuerdo cada instante, cada momento, cada acción, cada ruido...

El piso se movía brutalmente, se oía un crujido profundo, el segundo nivel o tercer piso de mi escuela se movía de atrás hacia adelante, los vidrios se zangoloteaban, los cables se escuchaban en movimiento, pero eso no era lo peor, siguieron pasando muchas ideas por mi mente. Creí que quedaría ahí, en verdad. Sentí mi cuerpo muy duro y tenso, creo que solo estaba esperando el momento para recibir y sentir el escombros sobre mí.

Pensé en cada momento agradable que había marcado mi vida, como cuando era pequeña y jugaba con mis primos, la vez que actué en el kínder, o cada lunes en que salía en la escolta o que dirigía el programa cívico, además de esos dos días únicos en mi vida, cuando me enteré de que tendría a dos acompañantes de vida: mis hermanos.

También pensé en los malos ratos que había pasado. Vinieron a mi mente tantas imágenes... Solo fueron segundos o minutos, pero se me hicieron realmente eternos, porque el movimiento no

cesaba ni el crujiir bajo nuestros pies; sentía cómo la tierra se movía cada vez más y más fuerte.

El mismo movimiento, aunado a que estábamos tomadas de las manos, nos hacía tambalear. Sentí necesidad de dar un paso hacia atrás y jalé a mis compañeras. Al levantar nuevamente la mirada, empezó lo peor, vi demasiado polvo y escuché un estruendo muy impresionante... Mis lentes se empañaron y mi cara recibió la polvareda, sentí cómo unas piedras entraron en mis tenis. Sabía que la escuela se estaba cayendo y vi lo que suponía: escombros, piedras... Y a un chico... un chico tirado entre ese escombros, con la boca y los ojos abiertos, no sé por qué, lo miré a los ojos y pude sentir su dolor... Ese día me enteré de que se llamaba Brandon, que era un exalumno y que había ido de visita.

El piso seguía vibrando y el movimiento era cada vez más intenso; solo deseaba que todo se acabara, quería salir viva de allí... Cuando empezó a disminuir la intensidad, el director dijo: "¡Salgan del edificio!". Mis compañeras seguían en *shock* y tuve que jalarlas para salir. Esos tres metros desde donde nos encontrábamos hasta la salida fueron eternos. Rogaba en mis pensamientos para que nada se nos cayera encima mientras avanzábamos, tuvimos que saltar entre los pedazos de construcción porque parte del corredor del segundo nivel, que era la marquesina, se desprendió; ahí fue donde Brandon quedó atrapado, y caminamos alrededor de él para no exponerlo más. Casi al llegar a la reja había una chica tirada con la pierna lesionada, sangraba y se veía el tejido de su músculo. Una vez más, la emoción fue grande y nos sentimos terriblemente impotentes, comprendimos que no estábamos preparadas para esas circunstancias... Todos rogábamos para que la estructura no siguiera cayendo.

Cuando logramos salir de la escuela, aún se movían las construcciones, los postes y los cables de luz. Afuera el desconcierto era mayor porque los transeúntes, vecinos cotidianos y turistas, que detuvieron su paso para resguardarse, vieron salir de la preparatoria

una enorme nube. De los compañeros que ya nos habíamos reunido afuera, algunos lloraban, otros seguían impresionados, y nadie sabía exactamente qué había pasado. Al ver a Yuicelik me di cuenta de que lloraba, la abracé, y entre todas sus lágrimas dijo: “¡Mine, mi hermanita, no sale mi hermanita!”. Comencé a llorar, ya que también pensé en mi hermano, quien estudiaba a dos cuadras de donde yo estaba, también en una casa antigua, y no sabía si había pasado lo mismo que aquí. Ambas sentíamos ese gran temor. Intenté tranquilizarla y tranquilizarme, le dije: “Todo va a salir bien y no te dejaré hasta que la encontremos”.

La empezamos a buscar en medio de toda la gente que estaba en la calle, gritamos su nombre varias veces, seguimos buscando por lados opuestos para encontrarla más rápido, hasta que por fin las vi abrazarse y llorar juntas al hallarse. Luego las dos me agradecieron por haberlas ayudado, y pese a que me sentí bien por haberlas visto juntas, aún sentía el miedo y la angustia de no volver a ver a mi hermano.

Escuchamos las voces de algunos maestros que nos dijeron que nos fuéramos al teatro Principal, porque cuenta con una explanada y queda a cuadra y media de la preparatoria. Yo aún no creía lo que estaba pasando. A escasos treinta metros me paré en la esquina de la Casa de Alfeñique, construcción ejemplar del arte barroco de finales del siglo XVIII, y por unos segundos mi mente evocó lo vivido unos minutos antes. Volví a sentir el temblor en mi cuerpo, luego respiré profundamente y sentí un ligero jalón en mi mano, era Yuicelik que me dijo: ¡Vámonos! Al caminar cuadra y media, que es la distancia entre mi prepa y el teatro, sentía que se movía la tierra, pero nunca sabré si realmente estaba sucediendo o fue una reacción de mi cuerpo.

Al llegar al teatro Principal había demasiada gente que tampoco creía ni sabía lo que acababa de pasar, solo tenían su propia experiencia. Los compañeros de la preparatoria empezaron a juntarse en medio de la explanada, los maestros nos reunieron por grupos

y nos preguntaron si sabíamos dónde estaban los demás. Cada vez era más angustiante la situación, todos éramos tan vulnerables...

De repente vi llegar a mi compañera Shakti, estaba sola y lloraba desconsoladamente. La abracé y le dije que todo iba a estar bien, sin imaginar la noticia que me iba a dar. Me abrazó y, con voz entrecortada por el dolor, me dijo: “Paola...”, y siguió llorando. Le pregunté: “¿Qué pasó? ¿Dónde está?”. “En la escuela, se quedó allí...”, me respondió. En ese momento no entendía qué estaba diciéndome, hasta que pudo sacar la fuerza para decir: “Las dos estábamos sentadas en la banca del patio amarillo cuando empezó a temblar. Le dije ven, vamos al centro, y la iba agarrando de la mano cuando sentí que me la jalaron, pero yo seguí caminando. El director y todos se empezaron a juntar y creí que seguía por ahí. Cuando pude mirar hacia atrás, la vi tirada, con escombros arriba. Yo quedé atrapada entre tantos compañeros, hasta que todos empezaron a salir y corrí para sacarla, pero un señor me detuvo y me dijo: ‘¡No, niña, tú sálvate, déjala ahí!’ y me jaló para que me saliera”. Su llanto nunca se interrumpió mientras me contaba, e inmediatamente también comencé a llorar, con mucho dolor, ya que conocía a Paola desde el kínder, éramos amigas muy cercanas en ese entonces, y la vida nos había regalado la oportunidad de reencontrarnos en la preparatoria.

No lo creía, solo pensaba: ¿por qué ella?, ¿por qué de esa forma?, ¿por qué si era tan linda, tan inteligente, amable y... tan alegre? Cuando me tranquilicé, noté que Shakti tenía la mano llena de sangre y un raspón enorme. Entonces pedí agua con voz entrecortada e intentando gritar: “¿Alguien tiene agua y papel?, ¡por favor!”, lo repetí y mi compañera Citlalli me los dio. Le ayudé a lavar la herida y me di cuenta de que su suéter blanco también tenía sangre... Con lo que me acababa de decir, pensé más en mi familia, en mi hermano sobre todo, pues sabía que mi papá había ido por mí hermana y que, si les había pasado algo, al menos estaban juntos. Sabía que mi mamá trabajaba en un espacio más o menos

seguro, pero mi hermano, mi hermano era el que me preocupaba, y no tenía forma de comunicarme con él. Decidí ir a preguntar a su escuela sin importar lo que me dijeran, solo quería saber dónde estaba, al menos saber que tendría a alguien a mi lado. Tampoco sabía sí tendría la dicha de volver a ver a mi familia.

Al momento de llegar no sabía qué preguntar o qué decir, eran tantas ideas en mi mente... Estaban dos personas en la salida y les pregunté si había niños en la escuela. Me dijeron que no, que se habían dirigido a la explanada del teatro Principal, que era de donde yo venía. Me regresé y vi a unos niños con sus papás, les pregunté si eran de la escuela de mi hermano y me dijeron que no; seguí mi búsqueda y encontré a mi papá con mi hermanita de ocho años, sentí tranquilidad y les avisé a mis compañeros que ya me iba con ellos. Lo único que quería era irme de allí, contarles todo lo que había pasado.

Intentamos comunicarnos con mi mamá y a la casa, pero la red se había saturado y no fue posible. Aún no lo creía, eran tantas impresiones y cada vez era peor. Le dije a mi papá que ya había ido a buscar a mi hermano a la escuela, así que emprendimos el regreso caminando, porque como familia tenemos un punto estratégico de reunión entre nuestras escuelas y donde vivimos; además, el transporte público había sido desviado. Caminamos once cuadras hasta la iglesia de Ocotlán, al oriente de la ciudad, porque cerca tenemos otra casa y pensamos que era una posibilidad. Hicimos alrededor de quince minutos, pero se me hicieron eternos, creía que ya era muy tarde y ni siquiera habían dado las dos. No lo encontramos, así que solo quedaba la fe y la esperanza de que se hubiera ido a la casa. Tomamos el microbús para ir a la casa, todos iban llenos, así que tardamos más de lo normal en podernos subir; cuando al fin abordamos uno, todos iban asustados, desconcertados por lo que había pasado.

Llegamos a nuestro domicilio y ahí estaba mi hermanito, sentado en silencio. Al vernos se emocionó y respiramos aliviados...

Ya no podía más con tanto dolor, con todo lo que había vivido en menos de dos horas, así que nos sentamos y empecé a llorar. Le conté todo a mi papá enfrente de mis hermanitos, aunque mi intención no era asustarlos; sin embargo, lo tuve que hacer porque no soportaba ni un segundo más. Fue muy difícil contarlo. Después le mandé un mensaje a mi mamá diciéndole que todos estábamos bien en la casa.

Solo pensaba en esos instantes, en si había sido real o todo era una pesadilla. Una gran pesadilla, a decir verdad. Mi mamá llegó dos horas después; ella también tenía una historia muy grande que contar durante nuestra búsqueda. Al verme, me abrazó y me dijo que agradecía al Creador porque todos estábamos bien; estaba muy consternada porque se enteró de que había heridos en mi escuela. Le conté lo que me había sucedido y ella estaba muy impresionada porque fue a buscarnos a mi hermano y a mí, y ya sabía la situación de los heridos en la preparatoria, pero se afligió más al saber que, entre ellos, estaba Paola. No sé quién de las dos estaba peor. Lloramos juntas por varias horas, por un lado agradecíamos por estar todos juntos, y por el otro, sentimos a Paola como si fuera de la familia, y rogábamos para que resistiera, para que ella y los otros lucharan por su vida, aunque no conociéramos a los demás.

Entre los compañeros ya nos estábamos comunicando para saber cómo estábamos y el estado de Paola. Mi llanto parecía no tener fin y mi abuelita, de ochenta y nueve años, les dijo a mis papás que me llevaran con el doctor. Aunque quería contenerme, no podía, así que mi mamá le habló a mi tío, que es psicólogo y, vía telefónica, fuimos conversando. Seguí sus indicaciones, contestaba lo que me preguntaba, y poco a poco mi cuerpo y mi mente se fueron relajando hasta que me tranquilicé y dejé de llorar.

Intentaba distraerme un rato viendo la televisión con mis hermanos, pero en realidad no dejaba de pensar en ello. Lamentablemente, como a las ocho de la noche nos informaron del

fallecimiento de nuestra compañera y amiga de la infancia Ana Paola; cuando le dije a mi mamá, otra vez estuve llorando con ella.

Tenía miedo de que volviera a temblar, así que preparé mi mochila de contingencia. Al ponerme la pijama para dormir, me quité los tenis y, como lo esperaba, salieron unas piedras, eran diminutas, pero las sentía como esos enormes pedazos de mi escuela en ruinas. Sin embargo... tenían un poco de polvo, solo los sacudí y me los volví a poner. Tenía tanto miedo, no sabía qué hacer y solo pensaba: si volviera a temblar, ¿qué haría?, ¿sobreviviría? La última información después del fallecimiento fueron los datos sobre el velatorio y el horario de recepción.

Bajamos tres colchones y nos acostamos en la planta baja de mi casa. Esa noche fue la más difícil de mi vida, no pude dormir, y cuando lograba conciliar el sueño, aparecían las impactantes imágenes. Mi mamá me tenía que despertar porque mi respiración y mi cuerpo expresaban mi sufrimiento. Aunque ella me persuadía para dormir sin mis zapatos, no me los quité, todo el tiempo estaba en alerta por si llegaba a pasar algo, solo quería sobrevivir.

Después de esa noche, me desperté y agradecí por estar viva. Estaba analizando y empezando a creer lo que nos había sucedido el día anterior. Me metí a bañar y mis miedos volvieron. Me volví a sentir muy vulnerable, tenía mucha angustia y volví a pensar: ¿qué pasa si vuelve a temblar? No estoy lista para sentir el movimiento de la tierra, así sea mínimo, no quiero volver a sentirlo.

Al día siguiente estaba yendo a un funeral a mis dieciséis años, lo más increíble era que ella tenía la misma edad que yo y eso era difícil de procesar. Cuando mi mamá y yo llegamos al velatorio, fue impresionante el cúmulo de emociones. Para mí era muy contrastante, por un lado me daba mucha alegría ver a mis compañeros y amigos, y por otro, el motivo de nuestro encuentro era la pérdida irreparable de Ana Paola.

Alrededor de su ataúd había muchas flores y globos, yo acomodé las rosas blancas que llevábamos y no tuve fuerza ni valor

para despedirme de ella. Entre rezos y cantos se escuchaban los llantos y lamentos de todos nosotros. Era muy conmovedor ver a sus seres queridos. Finalmente, hubo una misa de cuerpo presente y una despedida. En ese instante todos caímos en un llanto inconsolable; fue muy difícil.

Los compañeros, familiares, amigos y maestros fuimos a sepultarla. Cuando el ataúd quedó cubierto por la tierra, empezamos a acomodar las flores y, como una reina, vestida con flores, así quedó su tumba. Todos unidos por una misma persona, demasiado linda en todos los sentidos, con una sonrisa y una risa que jamás olvidaré. Ella queda grabada en mi corazón.

El legado de esta experiencia es que la vida es hermosa y nuestras acciones son el cuerpo de nuestra historia. Hoy, a más de tres meses, escribo para hacer de ese día una experiencia trascendente, por eso amaré intensamente la vida, con pasión, para alcanzar mis sueños.